

Juzgó que la verdadera voluptuosidad estaba en la traición, más bien que en el amor. Hacer la dicha de un hombre cuando otro sufre, fué, en lo sucesivo, para ella, la felicidad de la mujer.

Tuvo, no se sabe por qué, toda una serie de adoradores. Quebrantada por la primera pasión, poseía el fatal encanto de las mujeres que amaran. Y además era linda en ciertos momentos, pues sabía acicalarse y hablar con los ojos.

Jugó el todo por el todo. Con su primer luis compró guantes y un abanico, botinas con el segundo, con el tercero alquiló un vestido, fué al Bosque con el cuarto, y con el quinto comió en el Molino-Rojo.

No tenía los prejuicios de la constancia; decía, con el filósofo:

—Ser infiel al amante, es ser fiel al amor.

Si entró en el teatro, ella á quien daba miedo la ortografía, no fué por amor al arte, sino porque todo pedestal es bueno, y el de las tablas el mejor. Cuando se desea dividir la belleza en acciores, el teatro procura muchos accionistas.

Gontrán Staller fué un accionista especial.

Una noche que no tenía qué hacer, tuvo la desgracia de entrar en los Bufos-Parisienses. Lucía estaba hechicera aquella noche. ¡Cantaba mal, pero con tan bella boca!...

Sabía Gontrán que los bastidores de los Bufos no son un lugar vedado como los jardines de las Hespérides; había comido con Offembach, quien llamó á la puerta del cuarto de Lucía. Llamad y se os abrirá. El cordero entró en la caverna del lobo. Los dientes de Lucía no le parecieron demasiado agudos.

La comedianta se hizo la virtuosa. Pero, acabado el espectáculo, sacrificó su amante de la víspera. Era

éste un joven diplomático, el cual la había enviado su carruaje con un billete maravillosamente lacrado.

Subió á él con Gontrán riendo de la mejor gana.

—¡Cómo va á gozar el vizconde!—dijo entre dos carcajadas.

Y añadió gravemente:

—Esto me dará cierta originalidad.

Hay en el mundo mujeres que vengan así á todos sus semejantes. La comedianta había tomado irrevocablemente este papel en la vida privada. Y decía:

—En el teatro juego con las mujeres; fuera del teatro juego con los hombres.

Tenía algunos buenos cuartos de hora para Gontrán, porque éste se parecía vagamente al hombre objeto de su primer amor.

—Pero ya no es aquello,—decía.—Gontrán es demasiado bueno para que le ame hasta llorar por él.

### III

#### *Un padre romano*

Gontrán Staller volvió á su casa pensando en el ramillete de Lucía y en los doscientos cincuenta y seis mil francos que había de pagar aquel mismo día.

El padre de Gontrán se había levantado á las cinco de la mañana.

Debía marchar por el primer tren á Beauvais, en donde tenía un proceso inquietante, proceso de reivindicación por un bosque; había pagado demasiado pronto, antes del plazo legal, dejando el dinero en manos de

un galante hombre; pero este galante hombre tenía hijos, y como el consejo de familia le amenazase con sus derechos absolutos, todo desolado, el galante hombre tuvo que pagar á su vez; y su fortuna personal no representaba un desayuno para la justicia.

Menester es que la justicia almuerce: la más recta de todas las mujeres es la que más come.

Contrán fué derechamente al gabinete de su padre, sabedor de que éste había de partir.

Abrió la puerta y trató de hablar; no le fué posible pronunciar una palabra.

El padre se había vuelto; aun cuando la habitación estuviese sólo alumbrada por un pequeño candelero de dos brazos, vió la palidez de su hijo.

—¿Qué tienes, Contrán?—le preguntó.

—Nada, padre mío. Nada.

Contrán no dijo más.

Sus piernas flaqueaban, la sangre se agolpaba en su cabeza.

—Mal haces, hijo mío, en retirarte tan tarde. Banquetea, baila, ríe, puesto que tienes veinte años; pero duerme de noche. Los gatos son los únicos que duermen de día; y yo nunca vi gatos que hicieran nada de provecho.

—Tiene usted razón, padre mío; pero, como usted sabe, de noche, nunca se mira la hora que es.

—Y se hace mal. Si yo, por ejemplo, no hubiese mirado la hora, no estaría dispuesto á marchar. Y si el tren se me fuera, perdería mi pleito; porque, no olvides estas palabras: los abogados mejores son los que utilizan las ideas de sus clientes. Adiós, hijo mío. Vas á acostarte á la hora que yo me levanto: no tomes esta costumbre.

El padre se inclinó para abrazar á su hijo.

—¿Estás enfermo?—le preguntó al verle más de cerca.

—No, padre mío.

Hubo un silencio. El padre interrogaba al hijo; el hijo no sabía cómo confesarse: veía ya obscurecerse hasta el dolor el grave y dulce rostro del señor Staller; conocía las inquietudes de su padre por aquel considerable pleito; decirle que había perdido jugando, ¿no era desanimarle, no era turbarle, cuando tanta tranquilidad necesitaba para llevar á cabo su defensa?

En la tragedia del juego hay unidad de tiempo: se paga la deuda el mismo día, puesto que siempre es después de media noche cuando se pierde la última puesta.

El padre abrazó á su hijo.

—¡Adiós, pues! Abraza de mi parte á tu hermana, pues no la quiero despertar. Si esta noche recibes un telegrama, señal de que habré ganado el pleito, á menos que el juicio se aplace. Naturalmente, no os enviaré telegrama alguno para comunicaros una mala noticia.

—¡Una mala noticia!—murmuró Contrán.—Yo te la he de dar.

Del choque de las palabras brotan con frecuencia las ideas; cuando las acciones no hacen nacer las ideas, éstas son las que traen las acciones.

Las palabras «mala noticia» decidieron á Contrán á hablar.

—¡Una mala noticia!... ¡Habla!—díjole su padre.

—He jugado...

—¿Has jugado? ¡Pobre hijo mío!

El padre estrechó la mano del joven.

—¿Y es la primera vez?

—Sí, padre mío.

—Pues bien: ahí tienes la llave. Toma, es la llave de mi caja.

Gontrán respiró.

—Padre mío, he perdido mucho...

—¡Chito! ¿No tienes la llave?

El joven se lanzó en brazos de su padre y rompió en sollozos.

—Oye,—dijo el señor Staller;—te amo demasiado para predicarte moral: Pero no olvides esto: hay un grabado de Alberto Durer que representa los pecados capitales. ¿Sabes cuántos hay?

—Siete,—dijo Gontrán, sin saber claramente lo que respondía.

—Pues hay ocho, porque Alberto Durer grabó uno más terrible que todos los demás; y este último es ¡EL JUEGO!

#### IV

##### *Noche de fiebre, día de fiebre.*

Gontrán pidió á su padre, como un favor, que le permitiese acompañarle á la estación.

Se habló de política, de agricultura; ni una palabra más se dijo acerca del juego.

Gontrán era tan feliz, que quiso hablar á Lucía de su dicha.

Pero ¿habría vuelto la joven á su casa?

Mandó al cochero que le llevase á la calle de Helder; aquél era casi su camino.

Miró los balcones, no vió ninguna luz.

—Sin duda bailan y juegan todavía,—se dijo.

Hízose conducir á casa de la Roca Tarpeya.

No había ya sino heridos y moribundos en el campo de batalla. Todos habían hecho sus asientos en las cuentas del juego y del amor.

El joven buscó con los ojos antes de interrogar; no vió á Lucía.

Preguntó.

—Tu linda amiga,—le dijo la Rosemond,—ha huido con un pájaro extranjero. Lo cual es muy natural: tú has perdido, es menester que ella gane.

Tales palabras hicieron en el joven el efecto de una puñalada.

—¡Eso no es verdad!—dijo.—Seguro estoy de que la encontraré en su casa.

Los amantes ocultan las traiciones de sus queridas con la misma solicitud que si les cubrieran la espalda ó el seno.

Volvió á pasar por la calle de Helder. Aun no se veía ninguna luz. Sin embargo, amanecía. Llamó y subió á casa de la comedianta.

Pero en vano. Volvió á bajar furioso y desolado.

—¡Esto es odioso!—dijo.—¡Cuando pienso que aquel ramillete que me ha costado tan caro puede estar ahora en manos de otro!... ¡Cuando pienso que todas mis angustias no han llegado, no diré á su corazón, ni aun á su cerebro!...

Gontrán Staller subió de nuevo á su coche, diciéndose que bastaba ya de juego, y que bastaba ya de amor. Se prometió no dejarse coger ya en el infierno de las cartas y de las mujeres.

El cochero, impaciente ya por haber dado tantas vueltas y revueltas, esperaba á que se le dijese qué camino había de seguir.

—¡Al hotel!—le gritó el joven.

Mas, apenas el caballo había vuelto á tomar su trote